

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVLJANO

Animalización de la cultura

Supongamos que el régimen de la transición es una democracia. Supongamos también que es, como ordena la Constitución, una democracia avanzada. Supongamos que se abre un concurso para premiar la más exacta definición de ella, a fin de incluirla en los textos escolares de primera y segunda enseñanza. Supongamos que la única regla del concurso fuera noción de ella, a fin de incluirla en los textos escolares de primera y segunda enseñanza. Supongamos que la única regla del concurso fuera la de atenerse a criterios reales y sencillos, ya que el premio se otorgaría a la definición que mejor resistiera la prueba de su contraste con la experiencia infantil de la realidad. Y supongamos, en fin, que en las bases del concurso se advierte que el jurado estará compuesto por las niñas y niños que han obtenido la más alta calificación nacional en las nuevas disciplinas académicas de educación sexual, de olores y sabores, de diseño y de juegos no violentos. El premio lo ganaría con seguridad un ensayo que la definiese como «forma de Gobierno del hombre, para sacarlo de la vida racional que lo hace infeliz, y meterlo en la pura animalidad, con la enseñanza práctica de sus instintos básicos, en la escuela y en el Estado».

★

Los niños están siendo educados en un empirismo radical. A no confiar más que en las enseñanzas de los adultos sobre lo dulce y lo amargo, lo agradable y lo desagradable. Es una revolución pedagógica como no había tenido lugar en la humanidad. La de Buda y Emilio se quedan en mantillas. Nada se debe dejar al juicio de los propios instintos. La civilización los ha anestesiado. Una renaturalización debe restaurar desde la infancia el imperio de los sentidos. Porque, más decisivo que la formación del carácter y del espíritu, por ser previa a la apertura de la mente y a la disciplina de la voluntad, es la enseñanza a los niños de sus instintos básicos. Son educados para identificar las cosas por sus sensaciones. A partir de la educación natural, y gracias a las disciplinas que la democracia introduce en los jardines de infancia y en las escuelas, los pequeños budas aprenderán a no ser violentos. Los nuevos Emilios llamarán salado al sabor de la sal, y peral, al árbol que da frutos con forma y gusto de peras. La educación sexual les hará comprender, antes de sentir, que los niños y las niñas tienen diferencias muy adecuadas para jugar con ellas, y que los adultos llaman amor o puterío a ese divertido juego. Monitores especializados les enseñarán, con prácticas escolares, el arte de saber dormir.

★

Educados en este naturalismo pueril, los niños identificarán la democracia por el sabor y por el olor tan desagradables que tienen las cosas políticas, y también por el placer que sienten durante la enseñanza democrática y lúdica de sus instintos elementales. El jurado otorgará el premio a la definición que elimine de la democracia la fealdad de la política, porque sus educadores le han dicho que es feo matar, robar y mentir, antes de ser mayor y estar en el Estado, y reduzca su sentido a la animalización de la cultura. La democracia española ha corregido a Aristóteles. El hombre era, antes de la transición, un animal político. Las democracias avanzadas se empeñan en transformarlo en animal animalizado. ¿Qué gusto deben sentir los padres cuando vean a sus hijos infantiles distinguir, como si fueran adultos, el sexo femenino del masculino, el acto violento del pacífico? ¡Qué alegría les invadirá cuando sus hijos prepúberes les digan que se van a dormir porque tienen sueño, o que la comida está salada porque le han echado demasiada sal! Al inicio de la democracia, una encuesta entre escolares decidió que el latín y el griego no debían incluirse en los planes de estudio. Una cosa espiritual de los adultos se sometió con naturalidad al espíritu infantil. Ahora, las cosas intuitivas de los niños se someten naturalmente a la enseñanza de los instintos adultos. Nuestra democracia es avanzada porque en ninguna parte como en España ha avanzado tanto la animalización de la cultura y la política.

TRIBUNA LIBRE

Resignarnos no, pero engañarnos tampoco

[JUAN FRANCISCO MARTIN SECO]

HE reconocido a bastantes amigos entre los cien firmantes y promotores de una iniciativa: el manifiesto denominado «No nos resignamos». Tengo que aceptar mi sorpresa ante algunas firmas. No dudo que haya en ellos una gran dosis de buena voluntad, tanta como, a mi entender, de desquite político. Recuerdo aquel dicho popular de *buenas intenciones está el infierno lleno*. Con buenas intenciones —diríamos hoy en una versión más laica— podemos encaminarnos hacia el desastre, porque desastre y muy grande sería para la izquierda seguir las indicaciones de este manifiesto.

Lo primero que resalta es su anacronismo. Uno tiene la impresión de que se enmarca en una problemática tal vez real quince o veinte años atrás, pero que de ningún modo obedece a la situación actual. Esa teórica división de la izquierda, fundamentada en un estéril antagonismo entre comunistas y socialistas luchando todos por el mismo espacio político y donde los nominalismos o los sectarismos frustran el fin común y abren el paso a la derecha—no es real, no es del tiempo presente.

Si así fuera, yo sería el primero en firmar el manifiesto, porque no creo que exista en la actualidad mucho margen para tesis y planteamientos muy diferenciados dentro del ámbito de la izquierda, por lo menos a corto plazo, un corto plazo que se vislumbra bastante indefinido.

El problema, sin embargo, se enmarca en unas coordenadas bien distintas. Los firmantes del

documento parecen ignorar lo ocurrido durante los últimos doce o trece años en España.

«No se resignan a que venga la derecha». ¿Cuál? «No se resignan a contemplar de forma pasiva el regreso a un esquema de valores reaccionario que cuestiona los elementos básicos de un Estado de bienestar». Pues me parece muy bien. Habrá que abandonar la pasividad, en especial los que se hayan entregado a ella alguna vez.

Pero no ante el regreso, sino ante el total predominio de esa

puestos a resignarse los firmantes del manifiesto.

El descalabro de la izquierda hace ya mucho tiempo que acaeció. ¿Acaso puede extrañarnos que el electorado, después de ser bombardeado permanentemente con la afirmación de que sólo hay una política económica posible, se incline en las elecciones por un partido con las siglas de derechas?

Las urnas confirman únicamente el resultado de una contienda anterior, el revés infligido socialmente a la izquierda en el campo ideológico. Pero ese combate no ha sido limpio. Ha existido un traidor.

Alguien se ha pasado con armas y bagajes al enemigo, inclinando decisivamente la balanza; alguien que era depositario del avituallamiento y de casi todos los pertrechos.

No existe mayor resignación que continuar confiando en aquél que nos vendió. No hay mayor inmovilismo que persistir en la ingenua creencia de que el ejército traidor aún pertenece a nuestro bando.

Es esa quimera la que viene paralizando a la izquierda española desde hace años. Es la política del avestruz. Cerrar los ojos ante lo evidente; confiar en que no nos ven porque nosotros no vemos; suponer que las cosas son tal como nosotros queremos que sean.

La negación a aceptar la realidad cuando nos parece dura y triste termina siempre en parálisis y atrofia. La recuperación de la izquierda no podrá venir de la mano de falsas ilusiones o espejismos. Las victorias sólo se harán posibles si se sustentan en bases firmes, sobre análisis correctos de la realidad. Habrá que reconstruir los efectivos, pero desechando las quintas columnas. Lo pri-

**El PSOE no se
somete a una
catarsis,
sólo se plantea
remozar la
fachada**

ideología reaccionaria y liberal.

Regreso no, imperio, supremacía, hegemonía, absoluto apogeo. Malamente puede retornar aquello que nunca se ha ido y que desde hace tiempo impregna la cultura de nuestra sociedad.

Este esquema de valores, nos guste o no, se ha generalizado con el felipismo, se ha impuesto a traición, embozando al lobo con la piel de la oveja. Porque no va a ser en las próximas elecciones cuando se produzca la derrota de la izquierda, a lo que —según dicen— no están dis-

REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

Dios y las encuestas

El domingo, se decía antes, es el día del Señor. Ahora, a veces, lo parece. *El País* publicaba ayer una larga entrevista con el presidente de la Conferencia episcopal, **Elías Yanes**, en la que, aunque no encontré ni una sola mención a Dios, hay algunas cosas conjuntadas en sus respuestas —casi todas con un espíritu entre político y diplomático— a **Manuel Vázquez Montalbán**. Uno se enteró, así, de que «por parte del Papa hay un sí a la Teología de la Liberación y un no a incorporar sistemas de

análisis de una antropología atea», de que «mucha gente está obsesionada con el Opus Dei» que es «un fenómeno no representativo» y de que ni el PSOE ni el PP han reflexionado a fondo sobre estrategia eclesial. Es el obispo Yanes, que guarda buen recuer-

do de Guerra y Maravall, el que ha debido reflexionar lo suficiente para afirmar que «no creo que sea una buena norma que el obispo tenga que ser nativo». Sin entrar en este tipo de conveniencias, el editorial de *Diario 16* se refiere al nuevo obispo de

Bilbao, que ayer tomó posesión de su cargo: «el que Blázquez pertenecía a la línea conservadora del Vaticano —afirma este periódico— no debería ser un obstáculo, antes al contrario, para un PNV que, aunque ridículo e inexplicablemente habla del PP como la derecha, no es precisamente paradigma de progresismo e izquierdismo». *Diario 16*, que dedica un amplio reportaje al «viaje espiritual hacia Roma» de un número cada vez mayor de anglicanos británicos, tacha de «imperdonable descor-